

PUBLICACIONES *Cinema*

HEINRICH GEORGE  
HEINZ VON CLEVE  
VIKTORIA VON BALLASKO

50  
CENTIMOS



en

Baile *Metropol*  
en el

# Baile en el Metropol

Basada en la película del mismo nombre

Interpretada por

Heinrich George

Heinz von Cleve

Viktoria von Ballasko

Dirigida por

*FRANK WYSLEAR*



— PELÍCULA DISTRIBUIDA —

POR

HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS



## BAILE EN EL METROPOL

Corre la primera década del siglo XX, aquella en que las damas peinaban bolambos de pelo graseño y cubrían sus torturadas intimidades con los resplandores del mirisnaque, y los caballeros tenían a honor presentarse con bigotes monumentales encomados con savia romántica.

Año de 1910, en fin.

Por una de las magníficas carreteras que cruzan la campiña de los alrededores de la capital del Imperio alemán, avanza un carricoche con dos viajeros.

Uno es anciano y obeso, fuerte todavía, con cara enorme de león, cruzada por bigotes descomunales. Es Karl Rudolf von Walsten, honroso vástago de la noble e histórica familia de los Camarlengo.

El que le acompaña es su sobrino, Ederhard von Walsten, es joven y apuesto y su rostro no llena, como el de su tío, ni la sombra de unos bigotes ni la que esperce la calcedón experimentada de los años, por el contrario es límpido y lleno de vida y alegría. Avanzándonos en el sendero de sus sentimientos podemos adelantar concretamente, que, cuando de faltas se trata, es hombre ruidido y capaz de las más perdidas locuras.

Sigue la carrera diplomática por mandato indeclinable de su tío. Sigue sostén de las tradiciones familiares, una de las preferidas por los Camarlengo y en la que más se distinguieron y cosecharon honra y laureles.

No es por demás pensar que, con toda su frívola dehi-



edad hacia el bello sexo, que ha despendido hasta ahora con aparente superficialidad. Eberhard tiene una alma propiamente a las más altas y hondas emociones y siente alteraciones efímeras de tener un angel, que, al tiempo que sepa reflexionar, candida, la cabeceita en su pecho amante, pueda prometerle fidelidad y un hogar feliz.

En cuanto a von Karl, o el tío Carlos como le vamos a llamar, según Atalaya, según hemos expresado, del honor y tradiciones familiares, no ha querido sumerirse en su libro Vida y la disciplina hereditaria del linaje para perpetuar el racista nombre que lleva. Haciendo a la excepción sin haber constituido un hogar ni creado un descendiente. Asimismo, no obstante su rebeldía contraria a sus sobrinos el derecho de apropiarse su cariño especialmente a su hermano Eberhard, pero el que reserva todo el contenido sentimental de su virgen paternidad.

Exhausto es decir que se encuentra leyendo los sesenta años sin haber claudicado en sus convicciones y más firme que en sus mozos años, si cabe, en declararse empedernido soltero.

Su rostro expresa toda la felicidad que le produce la vejez de su sobrino que acaba de llegar a Berlín procedente de la Universidad.

—¿Qué te parece este paisaje?

—Espléndido, tío!

—¿Te sientas bien a mi lado? — inquirió el anciano aristócrata inclinándose con satisfecho sorriso hacia su sobrino para gozar con delicia de la contestación que presentaba.

—¿Debe decirlo, tío?

—¿Qué has dejado allá alguna muñeca preciosa que te daría una escucha más agradable que la mía.

—Bah, tío... no! ¡Todavía no planté estos jardines con tanta convicción!

—Te conozco; no puedes negarme que eres un terrabara de ley. Claro que no te lo echo en cara como un reproche... haces bien en esta actividad al corazón ahora, porque después ya, por mucho que hagas y embalsames, será inútil, se te marchitará. Con todo, es preciso saber sortear las circunstancias con elegancia y no perder de vista la bitácora que señala el rumbo.

—¡Naturalmente! — exclama Eberhard celebrando con placer las juergas prevenciones de su tío.

—Porque, bien sabes que el más ligero traspiés sería bastante para dar al traste con tu carrera y no debes olvidar que estoy esperando con verdadera impaciencia el día en que veas las etílicas de apunzamiento como lo hicieron tus ascendientes.

No temas, tío... ¡Ah! y a propósito, ¿qué se ha hecho de Margarit?

Se ha casado con Stenendorff, un hombre de merito excepcional que ha estado conquistando por medio el puesto de primer Consejero del Gobierno.

Indicaciones en el retrato de una multitud de la raza humana, se y se dice luego a su infeliz mansión.

En mismo tiempo que Stenendorff tiene posesión de un patrimonio que se le ha otorgado en un pueblo, por una de las muchas aventuras de su vida. Él mismo, con una vida un sorprendente como, pero mucho menos a corto plazo.

Stenendorff inmediatamente viene a un convenio y a una fama: con von Stenendorff, primer Consejero del Gobierno alemán, y la hermosa Margarit, su esposa.

Stenendorff es un tipo alto, sereno, extraordinariamente rigido y reservado, hombre imponente del más empujado varón y fiel.

De estatura casada y rostro marcado que cruz muy se tarda en darse alguna sombra roja y apagada, tiene un concepto severísimo del deber y de la disciplina. Es muy estimado por sus superiores, que le distinguen con predilección y rápidos ascensos.

Una particularidad distintiva de su carácter es la de que es extraordinariamente celoso. Aún a su esposa, como decíamos para que, dada alguna singularidad intencional y desorden, provenga a la descomodidad conjugal, Margarit pueda vivir en estos momentos y frecuentes disputas.

Margarit es joven, seductoramente bella y elegante. Aún, a su vez, con toda su alma a su marido, es una mujer en su conciencia ni una cosa de un corazón a pesar de veces obligada a soportar la otra imperfección de sus cosas.



Es una virtud y con ella vive y sostiene este pequeño hogar.

¿Es completamente feliz?

La felicidad no se alcanza estrictamente por la cantidad de ternura con que quien nos ama nos envuelve; la felicidad es una suma de amor, de respeto, de confianza, de dulces y atenciones; si falta alguno de estos factores, aparecen manchas en el corazón, que, como las del sol, no porque no lo cubren, dejan de recrearlo y empañar su brillo deslumbrante.

Margarita, pues, tiene sombras y nubes turbias en el corazón, que, sin que apaguen el amor hacia su esposo, le impiden poder irseguir tranquilo como en su cuna. Pero ante el sacrificio con la más alta dignidad de una dama consciente de su situación.

Nuestro joven matrimonio se dirige al salón de modas más elegante de Berlín.

—¡Quiero un vestido que deslumbré! — exclama Margarita.

—Ya sabes que no puedo negar nada a tu belleza, Margarita — continúa Steldendorff, suspirando ante la hermosura de su esposa, en este instante en que la tiene a caballo de una mirada que no sea la propia.

Al hacer su entrada en el aristocrático salón sus recibidos con tal derroche de agasajo y decolaje por la dependencia, que es para observar adivina que se trata de señoras de superior calidad y amabilidad elemental.

Entre las jóvenes empleadas resalta, no sólo por su mesura y sencillez, sino también de elegante distinción, sino por el trato que dispensa a los clientes y por la paciencia que le otorga el director del establecimiento para atender, una muchacha de unos veinte años llamada Selte.

Son en su clase las que los extranjeros se toman, porque allí es con su simpatía la línea que rara seductoramente el encanto de las gráficas y supergráficas damas espendorosas de Berlín, que se hallan en casa fragantes y vistas riquísimas.

Y es esta muchacha la que, como de costumbre, hace los honores de la casa y ofrece a la bella Margarita las últimas creaciones en abrigo de noche.

La aristocrática dama escoge un precioso modelo de superior calidad.

—¡Qué la admiración de mis amigas! — susurra a oídos de su esposo, que aprueba, satisfecho.

De vuelta a su casa, Steldendorff sufre uno de sus bruscos ataques de envidia. Como tiene conciencia de su defecto y no deja de ver que sus frecuentes ausencias han de producir un incómodo vacío en el alma de su esposa, vive constantemente atormentado por todas las dudas de un matrimonio.

Estas agudas crisis de celos acostumbran a asaltarle cada vez que sus deberes diplomáticos le obligan a ausentarse de su casa.

—¡Margarita! — murmura, ahogado por la pasión y mirando a su esposa con ojos febriles. — Me gusta verla feliz con sus amigas, pero estoy observando que frecuentemente estas salidas en que la sociedad selecta se reúne para criticar e influir a sus amadas. "Ataches" y juveniles ambiciones su talento y acciones de aventura, no creo puedan, ni deban, producirlo como.

—No te comprendo Steldendorff, pero estoy convencida de que te torturas inutilmente!

—Una dama debe cuidar con toda clase de precauciones sus actos cuando tiene el marido ausente. Me sé bien de qué se llenan estas veladas que no tienen nada de diplomáticas y si mucho de soronamente combatives; y yo no quisiera verme, ni ser víctima, de una merced insidiosa de pasión, ay.

—Eres insostenible, Steldendorff; continuaré frecuentando estas veladas para convencerte de qué sé lo que valgo y debo hacer.

—Mientras tanto, Margarita; no sé cuántos días durará mi ausencia. Incluso en cuanto que mi tranquilidad no será completa si no te encuentras en casa viviendo únicamente de mi recuerdo.

—Si seguir nos estuviésemos escuchando, podría fácilmente suponer que soy, además de frívola, equivocada de conducta. Comprende que puedo sentirme herida en mi dignidad por sus palabras, aún queriéndote mucho — arguye Margarita con voz dolorida. — Mientras hay recepción en la Embajada inglesa y no creo que cometa ninguna falta de



respeto a tu recuerdo y a la ilusión de verte y al dolor de tenerte lejos al lado a ella.

— ¡Inmente que con el tiempo que llevamos de casados no hayas logrado todavía ser así íntimo de una compañera! — termina sencillamente Stenboeck.

\*\*\*

Nos encontramos en los fastuosos salones de la Embajada Inglesa.

Es de noche y bajo las preciosas lámparas de cristal luce la más selecta de la aristocracia berlinesa.

Los grandes personajes de la diplomacia internacional constituyen el elemento masculino; y es indudable se forma con la belleza en flor y tapicerías de las mejores telas de la capital del imperio germánico.

Van llegando nuevos invitados y las antiguas damas cesan de salir al encuentro con amigos animados y ruidosos.

Al pie de la puerta del gran salón hay un grupo de caballeros irreprochables que ensamanan, sonrientes y generosos a una damita hermosa y solitaria que acaba de llegar.

— A sus pies, señorita condesa de Kriest — se postra, rendido, un cincuentón que ahora aquellos años en que su aparcada figura hubiera podido servir a esta caballería sin mancha ni esperanza de un célico odio.

— El camino de sus salones es lo dulce que nos ha dado aquí — afirma, sonriendo, otro maduro varón de los cincuentistas.

— Estaremos seguros de que no trairá — añade un tercero, ya joven y apuesto.

— Siempre que piensen así, triunfarse de estas reuniones, darán en la cuenta — replica la bella joven entre risas cantoras.

— ¿Tanto la seducen nuestra compañía?

— ¡Inmortalmente!

— Y, sin embargo, cuando así está todo el ambiente de los salones polvosos cuánto se encuentra en la proximidad de estos salones!

— ¡Oh, no; esto es mucho más agradable! Yo voto por



Al fondo del salón, que alumbran caprichosas y preciosas lámparas de cristal ...





Apenas la baronesa ve a la simpática y sencilla dependiente...

la modernidad. ¡Los bollos en la corte son demasiado empalagosa!

Y acompañando la frase con un ademán mohín la elegante condesa daba a sus galanteadores para sumergirse en el esplendor de los salones.

Eva Kressl cuenta veintidós años. Nadie se atrevería a negarle los seductores oportunos de su edad, que, aunque resacados indolentemente por una existencia monótona y una posición considerable de ciencia y arte, no dejan de ser deliciosos y numerosos.

Como anécdota de oír de sus propios labios, admira la modernidad y se recrea disfrutándola. No es un ejemplo de talento, pero tiene un carácter vivo y luminoso que no deja de proporcionarles simpatía sin que por ello llegue a ser una singularidad.

Es muy trivial y poco apta, si se le quiere la atracción, muy poderosa de su fortuna, para decirle a cualquier varón seriamente dispuesto a constituir un hogar un poco interesante a llevarla a las sagradas gradas del altar con el velo de las nubes.

Como es natural y modernísimo en damita tan desocupada practica el deporte con ardides y glorias, destacándose notablemente en el tenis.

Eva siempre es, dichando de una vez, la que el tío Carlos aspira por unida perpetuamente con su sobriño Eberhard.

A esta velada selecta no debe faltar, como en ninguna del mismo rango, nuestro hombre, quien llega poco después de la condesa Kressl.

Como era de esperar simpatías y numerosas amistades, y tiene cimentada justa fama de cortés y algo donoso caballero. Buenas palabras y apretones de manos a su paso, trindándole materialmente avanzar.

De pronto el Carlos muestra impaciencia por desahucarse de sus efusivos interceptores y todo el tiempo que aún se ve precedido a corresponder sus cálidas manifestaciones, no logra quitar la vista independiente de una de las butacas del fondo del salón, en la que se ve distinguiéndose acomodada una bellísima y elegante dama.

Es la baronesa Margarit, a la que le unen vínculos de parentesco.



Apenas puede esconderse se dirige hacia ella, a la que saluda, y besa caballerosamente la mano, exclamando:

— ¡Reitero la expresión de mi placer, como siempre que puedo admirarla!

— Gracias; empezaba a temer que no tendría hoy la dicha de escuchar sus lecciones, von Wolkstein!

— Bien sabe que soy asiduo concurrente a los salones en que aparecen las mejores damas.

— Siempre el mismo solterón enamorado de todas.

— ¿Y su esposa? ¿No ha venido?

— No, señor; ha tenido que ausentarse por algunos días para complimentar a una misión diplomática — explica Margarit con melancolía.

— ¡Ah! la diplomacia exige sacrificios.

— Demasiados! — suspira la baronesa, tristemente.

— Pero a las damas toca sacrificarse a su vez. ¡Sonría, Margarit, o nos fallará la luz esta noche! ¡Sonreirá seguramente cuando se entere de la sorpresa que le reservo!

— ¿Una sorpresa?

Se dispone tío Carlos a contestar, cuando a sus espaldas suena una voz que le hace volver la cabeza con alegría.

— ¡Tío Carlos!

El que acaba de llegar es su arrogante sobrino Eberhard.

— ¡He aquí la sorpresa! — exclama el anciano tío presentando su sobrino a la baronesa.

— ¡Eberhard! ¿Usted?

— ¡Margarit!

Tío Carlos, sonriendo satisfecho deja a los dos jóvenes, que no salen de su asombro feliz.

Por su alegría, por sus miradas y sus palabras entrecortadas y trémulas, se advierte en seguida que no es la primera vez que ambos jóvenes se ven.

En efecto, sus familias están emparentadas. Eberhard y Margarit crecieron juntos, y juntos vivieron, en los primeros años de su juventud, un idilio que acercó sus corazones. Luego la vida les separó, a él para llevarle a la Universidad, a ella para confiarla a la sociedad.

La inevitable crisis que brota de la pesca de sus relaciones les salpicó los ojos y reveló la huella impercedera que el tierno e inocente idilio dejó en sus corazones.

— ¿Qué es de su vida, Margarit? — inquiere Eberhard mirándole en el recuerdo de aquellos días con dulzura y respeto.

— Vea, Eberhard, ya soy una dama; no en vano he pasado los años. Y usted, ¿ha terminado la carrera?

— Todavía no, pero se terminará pronto y a mi vez me habrá convertido en un hombre. Tío Carlos está muy contento.

— Ya también Eberhard... ¡Cuánto tiempo sin verle!

— Mucho, Margarit. ¡He pensado tanto en nuestras esas aventuras! He deseado tanto volverla a ver! ¿Se acuerda de nuestros amores en Damm?

— Sí, ¿cómo puede olvidarlo?... pero, es mejor que no hablemos de ello, Eberhard — replica la baronesa con dolientes nostalgias.

— ¿Por qué? ¿Fui irreverente?

— ¡Oh no! es que tengo el alma hipersensibilizada.

— ¿Qué es como decir dolorida, Margarit? ¿No es feliz en su matrimonio?

— Sí... estoy bien, muy bien, Eberhard.

— No; usted sigue tan podrá escondérmelo; bien aprendí a leer las alternativas de su alma a través de sus ojos.

— No me torture Eberhard... Hablemos de otras cosas...

— No puede ocultármelo... — insiste el joven con la ardiente vehemencia con que años antes le hablaba de amor.

— No debemos esforzarnos en conseguir la quimera de una felicidad absoluta, Eberhard.

— ¿Qué no, pero estamos obligados a llenar los vacíos que una existencia continuada de realidades felices produce en nuestro corazón... Mañana hay un baile esplendoroso en el Metropol, ¿sigamos que irá conmigo?

— ¡Imposible, Eberhard! mi situación no es la de antes; estoy casada...

— Es exagerada. Se acabó el tedio, Margarit. Mañana iremos al Metropol, no rehúse... deme la sensación de una realidad preciosa con que viví en los años más divinos de mi vida.

Margarit siente las dulzuras de la tentación esparcidas en la horrible soledad de su alma; el ruego de Eberhard es tan apasionado que no tiene fuerzas para proseguir en su negativa y mira al joven en esta forma rendida e



inevitable en que el corazón consiente y se doblega ante todos los dictados y las decisiones de la voluntad.

Dejamos esta escena para trasladarnos un momento al salón de modas.

Entrada en uno de los bufetes que se destinan a los clientes que vienen para ver desfilar los modelos vivientes, hay una bella y elegante señorita. Acaba de adquirir un riquísimo vestido de noche, que además junto con su acompañante, un caballero como de cuarenta y cinco años, irreprochable y elegantemente vestido.

Este caballero es Hans Hegedorn y es un salterón y herético cuya vida descuelga entre faldas y besos.

La dama es una danzarina del Metropol su amante, por supuesto.

La danzarina quiere llevarse el traje consigo, pero Hegedorn, protegiendo un doble ánimo con Sella, a la que ostenta con estúpidos resultados desde algún tiempo, le propone.

—No cargues con el paquete. Vámonos a pasear un poco y será suficiente. Encarga que te lo traigan mañana por la noche al mismo Metropol.

En verdad, Hegedorn, que fue lo traigan mañana al camerino — siente la artista.

Llegada la noche, Sella, por expresa voluntad de Hegedorn, se encarga de llevar al vestido al Metropol.

Hegedorn la espera a la puerta del salón de modas.

—La acompañaré hasta el camerino, pues los salones son muy intrincados... y luego, si quiere, podrá quedarse en el Metropol y pasar allí la velada como las grandes damas, o bien, si prefiere, podrá ir con mi compañía, a otro lugar más discreto. — condice el mujeriego salterón.

El vasto salón del Metropol aparece en todo su ver-sallesco esplendor.

Damas bellísimas, centelleo de joyas se mezclan con la densa espesura negra de los fracs masculinos.

Al fondo del salón, que alumbran caprichosas y preciosas lámparas de cristal, aparece una cocha gigantesca, que proporciona a la fiesta una sensación legendaria muy a propósito para soñar los sueños y las glorias imposibles de la vida.

Sella, conducida por Hegedorn, llega al camerino de la danzarina para entregarle el precioso vestido.

Hegedorn la espera en el vestíbulo, prometiéndose una noche de glorias.

Dejamos por un momento en paz al pretendido casador de algunas y trasladémosnos a uno de los pasillos que conducen a los palcos.

Un estupeado con lujosa librea avanza por él y deteniéndose ante el número 3, abre su puerta para dar acceso para a dos personas. Son Eberhard y Margarit.

El apuesto joven viste irreprochable frac, y la baronesa cubre sus ventanas formos con el maravilloso abrigo que le viene adquiriendo recientemente en el salón de modas.

Esta radiante y al lado de Eberhard respira visible e inevitablemente el júbilo íntimo de ilíquidos recuerdos.

—¡Impiéndolo! le agradezco el bien que me hace, Eberhard.

—¿Por qué no nos tuteamos, Margarit? ¡Me recordará esto tantas cosas bellas!... ¡Me siento feliz como entonces! ¡Cómo pudimos dejarnos?

—No sé; hablemos de la fiesta, Eberhard — replica la baronesa en un brusco asalto de nerviosidad.

—¡Imposible! Te he llevado aquí para hacerte revivir nuestros antiguos madrigales... para verte sonreír.

—Ya no somos niños; nuestra situación es muy seria. ¡Quiero decir que Stendendorff no se entera de que he estado aquí contigo!

—¿Qué ocurrirá?

—¡Será horrible, Eberhard!

—¿Tanto?

—Mi esposo es terriblemente celoso... pero, no, no vendrá; se encuentra fuera de Berlín. No puede resistir el que vaya sola a estas fiestas.

—¿No estás sola?

—¡Ya! Esto es lo que me espanta más.

Mientras Margarit pronuncia estas palabras, en la vasta cocinera martineca que conduce a los palcos del otro lado del fastuoso salón del Metropol aparece, subiéndola, una figura que la haría estremecer. Es Stendendorff, su marido.

Ha querido el diablo que se produjera una variación



es el plan de obsequios a ofrecer a la delegación extranjera, opíñese por llevarla al extraordinario baile del infuso Metropoli.

En efecto, al lado de Steidendorff, y contrastando con la inanimada común de los asistentes a la velada, se ven la exótica vestiduras de los delegados extranjeros.

Steidendorff les lleva a un palco que está situado frente al que ocupan su esposa y Eberhard.

Obedeciendo a este impulso masculino que es una mezcla instintiva de curiosidad y vaga injuria, Steidendorff, de pie en medio del palco, se pone a curiosar, uno tras otro, los del otro lado, en los que aparece un primor insuperable de elegancias.

En cuanto sus ojos se posan en el palco que ocupan Margarit y Eberhard, se estremece.

— ¡Dios que es Margarit! — ruga para sí, secretamente. — Y está... sí, es un caballero que la acompaña; en tal caso...

Steidendorff no conoce todavía a Eberhard.

Como la distancia que separa los palcos es muy grande, nuestro celoso diplomático, trémulo de pasiones, busca sus espejos de salón.

En este momento, si antes quiso el diablo conducir al rígido y celoso Steidendorff al Metropoli para que viera a su mujer, quiere ahora Dios evitar la catástrofe y hace que Eberhard, viendo a Steidendorff, a quien no conoce, mirarla tan insistentemente, diga a la baronesa:

— ¿Conoces a aquel caballero? Hace un momento que te está mirando con la mirada. ¿Se sentirá deslumbrado por tu belleza!

Apenas Margarit dirige la vista al palco que le indica Eberhard, se levanta como herida por un rayo, pálida.

— ¡Dios mío, esto es incomprensible, horrible! ¡Es mi marido!

— ¿Steidendorff? — inquiere Eberhard, alarmado.

— ¡Sí! ¡Dios mío! ¿Me habrá conocido He de irme; no le conozco ni del palco, ¡dices!

Margarit sale precipitadamente, dejando a Eberhard solo, en el palco, nervioso y desconcertado.

Mientras tanto, Sella, cumplido su encargo, sale del

camarote de la danzarina tomando la dirección del vestíbulo en que Hagedorn la está esperando.

Quiere la Providencia que en el momento en que se dispone a entrar en el, Margarit, atribulada, salga para embocar la escalera.

Apenas la baronesa ve a la simpática y sencilla dependienta, que, por supuesto, conoce bien, tiene una idea luminosa, una idea oportunísima e ingeniosa, propia de mujer puesta en aprieto.

— ¡Señorita Sella! — llama.

— ¡Oh! señora baronesa, vengo de...

— ¡Sí, lo supongo! Por favor, Sella, necesito que me ayude, que haga lo que le digo, sin preguntarme nada — la interrumpe Margarit, al tiempo que, quitándose el precioso abrigo, lo coloca sobre las espaldas estupefactas de la dependienta. — Póngase bien el abrigo y vaya, vestida con él, al palco número 3. Encontrará allí un caballero; dígame que va de parte de la señora Steidendorff. Esto es todo. ¡Pronto! ¡Gracias! ¡Adiós, Sella!

Expresar el estupor de la gentil y tímida dependiente ante tal hecho, sería imposible.

Habituada a la obediencia, y por otra parte, fiel y leal por temperamento, sin reacción posible, no atina a hacer otra cosa que dirigirse con paso de autómatas al palco indicado por la baronesa.

Temerosa, lenta, con el corazón en suspenso, abre la puerta. Al ver a Eberhard, siente que el suelo escapa a sus pies, que... en fin, está bajo el influjo de un sueño de centientes.

— Señor, perdona... me manda la señora Steidendorff...

— ¡Ah! Sí... es verdad — trata de disimular Eberhard, desorientado en el primer instante.

Mas, rápidamente reacciona e imaginándose lo que ha ocurrido, da mentalmente gracias a Dios por la lúcida idea de Margarit.

— ¡Síntese, señorita...!

— Sella.

— ¡Acomódese... Bien, señorita Sella... Así...

La sencilla dependiente, trémula, pálida, envuelta en el rico abrigo, es más encantadora que nunca.



Eberhard se sienta a su lado, mudo, turbado por primera vez en su vida ante una mujer.

¿Qué cosa oscura pasa por el corazón del futuro diplomático? Sus ojos no se quitan del rostro de Belle, la cual logra sonreír con una luz esplendorosa para Eberhard.

La muchacha lee una esperansa vaga titilante como un punto de luz en esta noche oscura en sus ojos ardientes de su acompañante.

¿Qué noche! Dice tal vez en este momento se acuerda de que el magnate Hagedorn la está esperando en el vestíbulo.

—¡Oh! ¡Señor...!

—Eberhard.

—Señor Eberhard, perdóneme un momento; vuelvo al instante, estaré de vuelta dentro de un segundo, se lo aseguro.

Y sin esperar la concesión por parte de Eberhard, Belle sale como una cometa y llegando al vestíbulo espera al paciente Hagedorn, parándole por la mano sus ilusiones de una noche.

—No me espere más; puede irse. ¡Adios!

Y se vuelve, desdoliendo con la palmera en la boca.

Durante esta breve ausencia de Belle, Steldendorff, roído por los celos, ha abandonado el palco, dirigiéndose hacia el que ocupa Eberhard, que aún sin solicitar la necesaria vedá.

Nuestro joven, al ser vulnerado la puerta a sus espaldas, vuelve la cabeza encontrándose con la mirada nerviosa de Steldendorff que busca en vano, en el palco a la mujer que viene desde el otro lado.

—Está ocupado, caballero — previene Eberhard, fingiendo con esto tener la brusca e indelicada interrupción por un error involuntario.

Steldendorff se retira sin desplegar los labios, pero con la duda en el corazón.

A los pocos momentos, Belle está de vuelta, más dueña de sí y con la cabeza desbordando ilusiones.

Eberhard al verla otra vez después de tan breves minutos de ausencia siente como si un básculo de flores volcase su óptica carga en su alma llenando en ella, con fealdad, un vacío antes terrible y sangrante.

—¿Así es usted amiga de la belleza? — pregunta a la recién llegada, ya un poco impaciente por esclarecer lo que, sin suponiéndolo, no puede prever.

—Sí, señor... sí, somos bastante amigas...

El amor es, además de ciego, casi mudo, y al terminar el bello Eberhard y Belle se han dicho pocas cosas más en lenguaje sonoro que las que han expresado ardentemente y eloquentemente sus ojos.

El enamorado gana la compañía hasta donde Belle le permite.

—¿Volveremos a vernos, Belle?

—Sí...

—Mañana por la noche la esperaré aquí. ¡Adios, Belle!

—¡Adios Eberhard!

Nuestro futuro diplomático queda un instante pensativo mientras contempla alejarse a Belle, que desaparece entre las villas del modesto barrio. Parece más pálido y en su semblante, antes risueño en estos lazos, se adivina que pasa un aliento de vida nueva.

Mientras Eberhard lucha con las olas desconocidas en el mar de su corazón la borrasca celosa que bate el alma de Steldendorff arrastra y nuestro diplomático, al que el misterio de la dama del palco, que sigue creyendo en su esposa, le ha intrigado y excitado todavía más, improvisa unas excusas para sus huéspedes y se dirige disparado hacia su casa con la idea de sorprender la ausencia de su esposa, o algún detalle que revele indolentemente que ha estado en el Metrópol.

Rápido, erguido y desconfiado el severo Consejero de Estado penetra en el dormitorio de su mujer.

Margaret se halla en cama leyendo, al parecer, tranquilamente.

—¡Oh! Steldendorff, ¿cerca está? ¡Cuán pronto has vuelto! — exclamó la dama fingiendo una sorpresa que no puede tener.

—Sí — contesta secamente el diplomático, valientemente desorientado por la rapidez con que su esposa ha vuelto a casa, si es que ella era la del palco.

Después de un instante de laboriosa reflexión y embarazoso silencio durante el cual no ha quitado la vista del rostro de Margaret, turbado, inquiere.



—Muy pronto te has acostado.

—Sí, sin ti me aburre; estaba fatigada, triste...

—Y el abrigo de pieles, ¿dónde lo tienes? — inquiere Stendendorff elevando sus ojos en los de Margarit con un centelleo de triunfo al comprender que ha hallado en el momento de su mayor turbación la trampa en que ha de caer su esposa; si es culpable.

—La he devuelto al salón de modas para un arreglo. En casa de detalles que me resolverán pronto — replica la baronesa sin vacilar.

Y añade, hábil, para interceptar la corriente fantástica de dudas de su esposo.

—Pues pienso retirarme en la velada que celebrará el tío Carlos el próximo viernes, a la que ha venido a invitarnos.

Stendendorff sale de la estancia con la misma duda de cuando entró, roído por los celos y dispuesto a no cesar hasta haber aclarado el enigma de la dama, que, llevando el rico abrigo de su esposa vió en el pulcro acompañada de un caballero.

Al día siguiente, Eberhard y Sella vuelven a verso, refugiándose en un modesto café.

La joven está radiante, se ha acicalado con un primor coquetón que fascina, y esto sin transponer el límite en que su proverbial y divina sencillez pudiese sentirse adulterada.

Eberhard no logra quitar de ella su mirada soñadora desde el instante en que se han sentado, frente a frente, en una discreta mesa del establecimiento.

—Ha estado pensando continuamente en usted desde que nos despedimos, Sella.

La joven mira a su galán y no tiene fuerzas más que para sonreír.

—Me siento otro... ¡quiero ser otro! Usted es milagrosa... milagrosa, sí, Sella; y también un poco misteriosa...

—¿Misteriosa?

—Así la veo. Todavía no sé nada de usted...

—Eberhard, quizás ha sido imprudente, o demasiado precipitado, o excesivamente egoísta... Un abismo nos separa. Yo no soy una gran dama como usted supone, sino

una sencilla dependiente del gran salón de modas — confiesa Sella bajando los ojos con rubor.

—¿Y bien? Me siento feliz; ahora ya sé a quien amo.

Sella mira a Eberhard como si despertase de un sueño. Al salir del café, Eberhard, acompaña a su amada hasta el pie de su casa, una humilde casita de un barrio modesto.

—Soy pobre, Eberhard, ya ve. Mi madre es leonora, así ayuda a engrosar mi sueldo y logramos vivir sin tropiezos.

—Me gusta su casita, Sella... ahora ya la conozco; me gusta como es. ¡Adiós, Sella!

—¡Adiós, Eberhard!

Al día siguiente, nuestro enamorado joven al repasar mentalmente los hechos del día anterior se da cuenta de que en la turbación emocional de la despedida se distrajo de dar a Sella día para nueva cita, y con la irreflexión propia de los enamorados manda a uno de sus criados al gran salón de modas con una carta para la joven con la orden de esperar contestación.

El doméstico es paraca en el lujoso establecimiento, entregando el pliego a la muchacha.

Eberhard la invita a asistir a un baile para el día siguiente.

Sella, que en su ilusión encantada comienza a experimentar el temor inevitable de que por consecuencia de las profundas diferencias sociales que la separan del hombre, a quien ama ya con toda la fuerza de su corazón, su idilio pueda verse un día truncado en flor por un instante de vacilación.

Finalmente, la fuerza de sus sentimientos vence y contesta a Eberhard que irá.

Apenas el criado ha salido del establecimiento llevándose la feliz respuesta, el director del salón, hombre de pocos amigos y mucha fiebre de negocio, que ha estado observando la escena se acerca a Sella, reprensivo.

—¿A qué ha venido este hombre?

—No tiene importancia.

—Sella, hasta ahora se ha portado usted con una seriedad y distinción ejemplares, pero desde algún tiempo observe en usted algo extraño que me desagradó. Me dis-



gustaría tener que volver a insistir que soy poco amigo de las intrigas de mis empleados.

Selle no ha faltado a la cita, en la que las flores del amor han derrochado raudales de felicidad.

Así llega el viernes, día que el tío Carlos tiene señalado para la recepción.

Como es natural, asiste Margarit, y esta vez coincidiendo, excepcionalmente, con la disposición de su marido de venir a llegar acompañada de él.

Su conducta durante toda la fiesta perfila de su personalidad dada que los ojos están de alimentar con nuevos elementos. Se le ve desconfiado y vigilante como una albuja de su honor.

Tío Carlos los recibe con alegría, distinguiéndose con preferencias de parentesco.

— ¡Al fin voy a verla junta! — exclama.

— Alguna vez más que ser — replica Margarit esforzándose por disminuir la euforia que invade su corazón.

En este momento llega Eberhard, sonriente y feliz, pues acaba de verse con Selma.

— ¡Ah! Aquí está Eberhard. Ha sido capaz de llegar con puntualidad — exclama el tío Carlos. Y añade seguidamente, acercándose a Steindorff con su sobrino. — Señor Steindorff, rebaje el peso de presuntiva a Eberhard, mi sobrino a quien usted no conocía todavía.

Apenas el conde mira sus ojos en Eberhard se estrecha, murmurando un instante escaradamente.

Margarit tiembla.

— Diga que le he visto antes de ahora — declara desafiador, el diplomático.

— Sí, es posible — replica Eberhard valientemente y agitando la misma insignia de Steindorff sin pensar. — Tal vez a mí me parece haberlo visto antes, aunque no puedo precisar cuándo.

— En el momento — afirma Steindorff alzando sus papales colosas para denotar en Eberhard el resquebrajamiento de su suplantación. — Lo he visto; creo que se encontraba antes acompañado de una elegante dama...

Tío Carlos, que está lejos de sospechar la causa de tal insistente y extraño diálogo, media con su donosidad de

solterón feliz, sin pensar que con sus palabras va a agriar y a agudizar la viva herida del conde.

— ¡Sería algún antiguo amor...!

— No, esta vez no era un antiguo amor — replica con firmeza Eberhard, clavando sus ojos en los de Steindorff. — Era uno nuevo.

Serchamente Eberhard besa la mano a Margarit que respira con satisfacción.

Steindorff ha leído tal sinceridad en la afirmación del joven que su rostro vuelve a la luz de la confianza en su esposa, terminando así la volada fallamente.

Hemos llegado a la mañana del siguiente día y nos encontramos en el gran salón de modas.

De pronto Selma es llamada al teléfono. Como de costumbre, quien la requiere es Eberhard, enamorado perdido, que no vive más que de su pensamiento.

La llama para invitarla a un baile aquella misma noche, cosa que Selma acepta sin vacilación de su amor ardiente.

Cuando sale del teléfono el director la espera ya intrigado.

— Está usted empeñada en tornarse misteriosa a mis ojos. Lo ignoraré y habremos terminado.

Selle comprende que ha caído en una trampa delgada de su vida. Mil dudas acompañadas la asaltan: las diferencias sociales con su enamorada, el peligro de perder el empleo...

Sin embargo, apenas llega la noche, acude puntualmente a la cita.

Los dos jóvenes se sientan en una mesa discreta del salón.

— ¡Buenas noches! todo el día he estado esperando este instante para verte frente a frente.

— Soy feliz, Eberhard, no podría decirte más cosa... el esto te sabe a dulzura.

— ¡A ambrosía, Selma!

— Pero, tengo miedo...

— ¿Miedo?

— ¿Estás seguro de ti mismo, Eberhard?

— ¿Por qué hablas así, hoy?

— Quisiera sermos un poco reflexivos... Yo soy una dependiente, tú eres un aristócrata... Algún día te verás obli-



le ocurre y que permita salvar el nombre de la baronesa y de su amigo Eberhard.

—¡Oh señor Stieldendorff, perdóneme, no pude resistir la tentación y la primera vez que la señora baronesa trae al baile en vez de llevarlo al taller me lo puse para asistir con un amigo mío al baile del Metropol.

Stieldendorff sonrió malicioso. Poco puede suponer que Belli se forma su pristina reputación para salvar la de su esposa.

En cuanto a la generosa dependiente tampoco llega a sospechar que con su insipiente posada a prueba por primera vez en su vida, acaba de retornar la completa confianza al corazón atormentado del celoso diplomático.

—Es esto verdad? — pregunta Stieldendorff con alegría. — ¿Qué sucedió la que estaba en el palco en la noche del baile con el amigo de mi señora?

—Sí señor.

—¡Cielos!

Y así exclamando Stieldendorff sale del establecimiento sintiendo la mayor felicidad de su vida.

Dejamos al conde de Estado pasar de la oficina de sus celos y trasladémosnos al modesto hogar de Belli.

La madre de la joven hablando observado en ésta desde aquel tiempo un profundo cambio en sus sentimientos le pregunta cuál le ocurre. Al enterarse que tiene relaciones amorosas con un aristócrata le aconseja dolorida:

—Hija mía, el amor es una quimera. Entre las cosas que son leídas por suculas en la sociedad hay una que horroriza a los hombres por encima de todas y es la de que se pierden y se mezclen dos sangres separadas por diferencias de dinero.

—No que me ama con locura, madre!

—Eso es lo peor que está loco y no es dueño de sus actos. Te lo digo por tu bien, hija mía.

Al día siguiente, como de costumbre, Eberhard y Belli se encuentran para hablar de sus amores.

Está todavía en el espíritu de la joven el eco triste de los prudentes palabras de su madre, cuando Eberhard le dice:

—Mañana no podremos vernos, bella mía, hay una fiesta en el Tirocadero y estoy obligado a asistir.



¿Qué cosa extraña pasa por el corazón del futuro diplomático?





La buena madre entra en la habitación de Selle cuya cabecita...

Selle siente como una puñalada en el corazón.  
—¡Oh, qué bella, hermosa, querida! ¡Oh, qué hermosa es!  
—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!

—¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es! ¡Oh, qué hermosa es!



—Eva, es mi deseo que instruya usted bien a este futuro diplomático — presenta el tío Carlos, al tiempo que se retira.

La condesita, naturalmente, conoce a Eberhard, el cual no le disgusta, aunque no es capaz de fomentar amoríos, pues sus múltiples ocupaciones de mujerista moderna no le dejan tiempo para ello.

—¡Le vamos muy poco, Eberhard!

—¡Ocupaciones!

—No se olvide de que el papel de un diplomático se juega en sociedad y no en soledad.

—¡Cariacik, Eva, no lo olvidaré.

De un salto, volutosa, casi despreciativa, la condesita monta a caballo, exclamando:

—Es usted desorden y olvidadizo, pero para usted, Hasta luego, Eberhard.

Nuestro simpático joven se aleja con Eva con satisfacción. Necesita resquebrajamiento y soledad para embobarse en el recuerdo de su amada Selie.

\*\*\*

Steldendorff visita a tío Carlos para solazarse, inevitablemente de los hombres, ahora que ya se encuentra completamente acorralado, en la crítica del enamorado Eberhard.

—Su sobrino no me parece todavía muy equilibrado para entrar en el mundo diplomático. Anda liado todavía en muchos asuntos que no son precisamente la honra de la familia.

—No lo crea, Steldendorff, Eva Kressel lo tiene dominado ya. Eberhard la ama y se casará con ella. Después de este matrimonio vendrá el sosiego.

—Aguarde más que Eva Kressel juega en el escenario de su escenario, con Carlos — insinúa Steldendorff con toda picardía.

—¡Pierpliquas!

—Vigile a Eberhard. Me consta que tiene frecuentes entrevistas con una dependienta y que fue con ella al baile del Metropol. Eso cuando poco a un barón.

—¿Con una dependienta?

—Si le encargaba del gran salón de moda — afirma Steldendorff.

Aquel mismo día, tío Carlos, indignado, se persona en casa de Selie.

Se decide a persuadir a la joven que debe renunciar a sus amores con Eberhard. La voz de su sangre brama en él y no puede resistir.

La historia de su hijo. Tío Carlos entra en la habitación de Selie con actitud combativa, mas, en el umbral ve a la joven se siente atraído por su sonrisa y su dulzura y mira los libros. Tío Carlos es muy amabilidad y por poco se decide a salir de la casa sin despertar los libros de Selie. Los toma como están, pero ya es demasiado y debe llegar hasta el fin.

—Selie, Selie... ¿se quiere que pueda llegar a comprender cómo Eberhard es para mí y cómo obligado a romper el encanto de sus amores, pero, es necesario, usted ama a Eberhard, ¿verdad?

—Sí, lo amo con toda mi alma — declara emocionada Selie, presentando una catástrofe.

—Amor es eso, Selie; si lo ama de verdad ya le suena que no insinúa en su carrera, que no permita que sea una vergüenza para nuestro linaje. Cariacik, Selie... no venga a pensar nada más.

—¡Oh, Carlos! ¡me pedirá! ¿Lo baila usted, puede en mi situación, si alguien se lo permite? — pregunta la joven, enroscada por el dolor.

Tío Carlos asume un tono en la pregunta que le impide contestar al momento.

Hechos de Selie a las razones; no nos torturemos en agitaciones ni miradas. — puede replicar, al fin. — Si ahora es que Eberhard ha de saber su carrera y ha de ser un diplomático. Si se casó con usted lo persuade todo, fortuna y periculis, Selie, ¿verdad que le desengañará? (Hagalo por su bien).

—Sí, lo hace — contesta la joven en un trágico suspiro.

Aguante de Carlos ante de la estampa, Selie frunce su sobreceja dolorida en sus manos trémulas, convulsionada por amargo llanto.

Por su parte, el tío Carlos, no menos dolorido, al pasar



por el conde, en donde la madre de Sello espera el resultado de tan dolorosa visita, le dice:

—Bueno, vaya al lado de su hija, que la necesita.

La buena madre entra en la habitación de Sello cuya presencia inspira inmediatamente a su regazo.

—Hija mía, ¿qué te pasa?

—¡Mamá, quéte morir! — exclama la joven.

—¿Ago sobre tu Eberhard?

—¡Sí, no puede ser más!

—¡Pobrecita mía!; se lo averé. Ahora es ya demasiado tarde para tu corazón.

Tío Carlos, apenas llegado a su casa, hace comparecer a Eberhard.

—Estoy enterado de tus amores con Sello y espero que no te obsesiones en destruir tu vida — le dice.

—No es esto lo que busco, tío; precisamente se trata de cimentarla con un hogar.

—Y eso es bueno, sobrina mía, pero con quien pueda ofrecerte sin vergüenza,

¿sin vergüenza?

—Eso es.

—No puede haber vergüenza en un matrimonio con Sello.

—Ode habría, por cuanto ella ha renunciado ya completamente a ti.

—¿Sello ha renunciado? ¿No puede ser!

Y sin esperar contestación, Eberhard se dirige a casa de su enamorada.

—Sello, ¿verdad que es una infamia lo que me acaba de decir mi tío?

—No, Eberhard, es la pura verdad.

—¿Es posible? ¡Sello! Si tienes nuestras diferencias sociales ya puedo reiterarte la verdad de mis juramentos con un hecho decisivo: huir contigo.

No, Eberhard. Demoslo todo por terminado; tú continuarás tu vida de grande y yo seguiré siendo una dependiente. Todo habrá sido un pasatiempo.

—¿Un pasatiempo! ¡Debió haberlo supuesto! No me has querido nunca y por añadidura pretendes apartarte una victoria jugando con un aristócrata desde tu humildad. ¡Adiós!

Eberhard abandona la casa desesperado, con el propósito de no volver a pisar su suelo, y Sello busca un consuelo imposible en el llanto que la ahoga.

Mientras para esta hermosa destruida en el cielo de los dos enamorados, en casa de Margarita ocurren hechos trascendentales.

La condesa Eva Kraus se encuentra en ella visitando a la baronesa, a la que la una ha visitado.

Las dos mujeres están hablando de sus cosas cuando entra Stelendorff en el salón. En este momento Margarita sale para ir a buscar a otra habitación pero no ha podido entrar a su amiga.

Eva y Stelendorff quedan un instante solos y la condesa, con la idea de ofrecer una justa fiesta al marido de su amiga, exclama con la mejor buena fe.

—Margarita estaba monísima con el obispo el otro día!

—¿Dónde la vio usted?

—En el Metronal. ¡Qué la adoración a todo el mundo!

—¿En el Metronal? ¿Está usted casada? — Insistió Stelendorff acercando la frente y escuchando la gema de los celos silenciosos al corazón.

—Claro: yo estoy casada también!

Stelendorff no puede aguantar ni un segundo más y se dirige al gran salón de medias viendo hablar con la señora Sello.

Reflexión, viene decidido a escuchar de sus labios la verdad definitiva sobre el misterio de los rebeldes del obispo de mi época, porque ha sabido que la mujer que lo visitó en el Metronal no era usted.

—¿Cómo que era yo.

—Miente, me consta. ¡Diga quién era! ¡Usted lo sabe!

—Era yo, nadie más que yo — insiste, estolca, la dependiente.

—Hablaré a la dirección sobre sus intrigas y será despedido por deshonorar la casa.

—No puede decirle nada más. Hable con la dirección si esto le da satisfacción.

Stelendorff, convencido de que será inútil cuanto insistiera y no pudiendo dominar el aguijón de los celos, habla al director revelándole todo.

Sello es despedida, pero, ni una sola protesta sale de



su generoso corazón que, privado de su esposa al de Eberhard, busca en el mundo perdido y en el heroísmo las únicas sendas por donde caminar.

Seldendorff, ya escrito a partir de la negativa de la dependiente, de una en especial, estaba en el Metropol con Eberhard, esperando de la casa de modas se dirigiera directamente al encuentro del joven, al que afea su conducta, desafiándole para salir la cuenta con honor.

Eberhard siente abrumado por su propia amarga dolida por la injusta infamia que este supone para la honra de Margarit.

La nueva del próximo duelo ha traspuesto los muros de la cámara en que se concertó y una ansiedad de Sella que se ha enterado, cuenta a la dependiente el próximo acontecimiento.

Sella desprecia, aunque en íntimo silencio de miseria y abandono ante el peligro que corre Eberhard, al que viene amando con toda su alma y telefona rápidamente al tío Carlos enterándole del desafío.

Muchos hombres al que la dependiente no se ha olvidado de contar todas las vicisitudes del drama, se proponen evitar el desafío y va a visitar a Seldendorff.

No se desanima Seldendorff, porque es inteligente y sabe que esta situación la ha telegrafiado usted mismo con su carácter adusto y su abandono a Margarit.

—Yo sólo sé que Eberhard fué al Metropol con mi esposa!

Si es verdad, pero para evitar que su prima se muriera de tristes, pues cada vez que usted se marcha se convierte en una verdadera dolencia. Pero, ¿no ha advertido todavía que su esposa está loca por usted, que la ama, que sufre cuando le deja ir, ¿un fin, que es usted un chiquillo, Seldendorff?

El tío Carlos ha dado con el secreto al decir al consejero que Margarit lo ama con locura. El rígido diplomático, balanceando en su amor propio y en su vanidad, retira el desafío, exclamando:

—Tío Carlos, le quedo en sencilla deuda de gratitud por haberme abierto las puertas de la dicha conyugal.

Acto seguido, nuestro empedernido salterón se dirige

al encuentro de Eberhard al que tras breves forcejeos disuade a su vez del desafío.

Cumplida su delgada y difícil misión el anciano se acerca a la chimenea, y tomando un par de cigarras entrega una a su sobrino llevándose el otro a la boca.

—Fumemos el cigarrillo de la paz — dice.

—Eres un excelente diplomático, tío. Tu obra es de un mérito indiscutible.

—Otras méritos hay superiores al mío, como el de Sella, por ejemplo — explica el tío Carlos como quien dice la cosa más indiferente del mundo.

—¡Sella! ¿Eh? ¿detesto! No me hable de esta mujer! ¡Ha fumado conmigo como con un cachorro!

—¡Eh? ¡Callate, estúpido! No sabes que es la criatura más generosa que pisa la tierra, que es un ángel de sacrificio?

—¿Cómo? ¿No dices...?

—Sí, no he dicho, pero, voy a decir: que fué ella quien me enteró del desafío que proyectaba Seldendorff, con lo que salí a recoger en la mañana a través del teléfono que le avisara, que es como decir que evitara su muerte...

—¡Tío... es increíble! ¿Me parabas que le dé las gracias?

A un signo afirmativo del tío Carlos, Eberhard arrebató materialmente el auricular del teléfono llamando a la casa de modas.

—¡La señorita Sella!

—No trabaja aquí desde hace algunos días — le contestan.

Eberhard cuela el teléfono y exclama, nervioso.

—No trabaja ya en el salón de modas! ¿Qué habrá ocurrido?

—¡Naturalmente! ¡Ha ocurrido, sencillamente — contesta en uno de sus ataques fuertes, el tío Carlos, y convertido en palabra estrofa de la causa de la desgraciada Sella — que la despidieron por chistarse en negar que Margarit estuvo contigo en el Metropol con el fin de salvar su nombre y el tuyo!

—¡Tío, esto es sublime! ¡Sella ha de ser mía! ¡Una



criatura así no volveré a encontrarla nunca! Oh! No, ¡verdad que de las que son raras!

—No! La diplomática no puede entropiarse con tantos diferentes al mismo.

—Puedo abandonar la carrera diplomática! ¡No será tan monstruoso!

—No! — contesta por segunda vez el anciano inclinándose a recibir sus arreos de guardador de la tradición con tanta facilidad.

Para volviéndose de espaldas a Elisabeth, que está silenciosamente pendiente de sus decisiones, reflexiona un instante. Luego decide: ha descubierto el alma de su amado secreto. Una visión de los Camarlangos y tanta orgullo.

Envolviéndose otra vez con él renuncia con gracia.

—¡Sí, ve y vuelve pronto trayéndome a esta divina criatura!

Elisabeth sale disparada y momentos después estrecha entre sus brazos a Bella, y corre lágrimas de felicidad una vez más emocionada.

—¿Qué haréis mi esposo y lo cumpliré!

Bella no tiene ya aliento más que para rendirse al dulce insidioso de su amado.

F I N

## Editadas

- \* Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- \* — 2. *El desfile perdido*, por Buck Jones.
- \* — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- \* — 4. *La vida de la Bohème*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
- \* — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- \* — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Mañecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschekowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler.

\* Agotadas.

## En preparación

- El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
- El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jansen.
- La éxcentrica*, por May Rolson.



PUBLICACIONES CINEMA

PASEO SAN JUAN, 91

BARCELONA

N.º 17

